



**Hablamos con el Señor**  
**sábado, 27 mayo**

## **ASCENSIÓN**

**No; yo no dejo la tierra.**  
**No; yo no olvido a los hombres.**  
**Aquí, yo he dejado la guerra;**  
**arriba, están vuestros nombres.»**  
**¿Qué hacéis mirando al cielo,**  
**varones, sin alegría?**  
**Lo que ahora parece un vuelo**  
**ya es vuelta y es cercanía.**

**El gozo es mi testigo.**  
**La paz, mi presencia viva,**  
**que, al irme, se va conmigo**  
**la cautividad cautiva.**

**El cielo ha comenzado.**  
**Vosotros sois mi cosecha.**  
**El Padre ya os ha sentado**  
**conmigo, a su derecha.**

**Partid frente a la aurora.**  
**Salvad a todo el que crea.**  
**Vosotros marcáis mi hora.**  
**Comienza vuestra tarea. Amén**

*Medito esta oración*

## EL ESPIRITU: LA PROMESA DEL PADRE

### ¿Qué más puede darnos Dios mismo?

Al final del Evangelio de S. Lucas Jesús dice a los suyos “*Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto.*” (Lc 24, 49).

Con lo que ha pasado hasta ahora (vida, muerte y resurrección de Cristo) no se ha cumplido del todo la promesa de Dios a nosotros. ¿Qué más nos pueda dar que habernos dado a su Hijo?

Pues aún nos va a dar más. Y pongo un ejemplo para aclarar eso de que Dios nos quiere dar más.

Cuando dos personas se aman puede suceder una doble experiencia: Hay un amor que admira a la otra persona, la contempla como alguien deseable, quiere estar en su compañía... pero siempre se queda como alguien muy grande que está fuera de uno.

Pero hay otra clase de amor distinto y que se da cuando uno empieza a sentir, vivir y anhelar como la persona amada, tan dentro de mí vive mi amor que vivo desde su vida.

Y esto último sucede entre Dios y nosotros. Pero sucede de un modo singular.

Dios no sólo se nos ha acercado en su Hijo, que está allí, como alguien distinto y fuera de nosotros, a quien podemos amar e imitar, con quien podemos hablar y dialogar.

Dios además se ha hecho vida de nuestra vida, Espíritu de nuestro espíritu, podemos sentir, vivir y amar como Dios mismo pues su Espíritu se viene a nuestro espíritu.

Dios, en su Hijo, no sólo se ha encarnado y podemos contemplarlo, amarlo y admirarlo en una humanidad como la nuestra. Sino que además Dios mismo, en su Espíritu, vive en nuestro espíritu y así podemos vivir de la misma vida de Dios. ¡Qué misterio de amor más grande!

El Espíritu de Dios viene a nuestro espíritu para que podamos realizar todo lo que por nosotros mismos nos resulta imposible realizar.

*(Vuelvo a leer el texto anterior)*

## Y se cumplió la Promesa: llegó el Espíritu

*Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos con un mismo objetivo. De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; se llenaron todos de Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. (Hch 2, 1ss)*

¿Cómo aconteció este cambio en los Apóstoles?...

Ahora se cumple una promesa hecha por Dios hace muchos siglos: “*derramaré mi Espíritu sobre todo hombre*” (Jl 3, 1)

Ahora los Apóstoles se ven capacitados para la grande y hermosa tarea que se les confió: *seréis mis testigos...*” (Hech 1, 8)

Ahora nace la Iglesia, la nueva comunidad que se fue gestando durante la vida terrestre de Jesús. Ahora aparecerá una clase nueva de gentes que tienen como meta el reino de Dios, como estado la libertad de los hijos y como ley el precepto del amor.

Estas gentes nuevas no temen hablar de Jesús aunque les cueste la vida. El Espíritu es su “Defensor” y hablan abiertamente y con valentía de las maravillas que Dios hace en ellos. Conocen de verdad a Jesús y hablan de El.

Estas gentes nuevas van a reconocer que están regaladas de dones espirituales, dones del Espíritu que son un bien para otros. No es el propio impulso vital lo que les hace vivir sino el Espíritu de Dios en ellos. Y así ellos se sienten impulsados a vivir más allá de sus propios límites, más allá de donde espontáneamente estarían dispuestos a ir.

Y entre estos dones viven el ministerio como continuación de Jesús acompañando a los suyos.

Y descubrirán que el mayor don que tienen es la caridad: amar a la medida de Dios.

¿Cómo es posible que ellos puedan vivir con este amor, este servicio, esta dedicación y esta valentía viva? No tienen mas remedio que confesar que Dios mismo, su Espíritu, habita en el espíritu de cada uno de ellos.

El Templo de Dios, el lugar verdadero de Dios es cada uno de ellos. Y tienen sumo cuidado en no despreciar la presencia de Espíritu en ellos.

Pero no solo el Espíritu actúa en cada uno y en el conjunto de los cristianos promoviendo libertad, vida y “comunión”, hay además en la Iglesia unos acontecimientos que son lugares de la presencia del Espíritu, son los sacramentos: signos visibles de la gracia invisible de Dios. Aquí se nos ofrece la vida nueva del Crucificado-Resucitado.

Hoy también el Espíritu de Dios mantiene viva y sigue construyendo a la Iglesia. Está presente con sus dones en cada cristiano que lo recibe y actúa en los sacramentos de la salvación.

La vida espiritual que el Espíritu mismo promueve en la Iglesia es la vida propia de la Iglesia, la vida santa.

“Respira en mi Espíritu Santo, para que piense en lo santo.

Muéveme, Espíritu Santo, para que haga lo santo.

Sedúceme, Espíritu Santo, para que ame lo santo.

Dame fuerza, Espíritu Santo, para que proteja lo santo.

Protégeme, Espíritu Santo, para que jamás pierda lo santo” /San Agustín)

*(Vuelvo a leer y medito el texto anterior)*

## **GRACIAS, PADRE, POR EL ESPÍRITU**

Te bendecimos. Padre,

por el don del Espíritu que, por tu Hijo, haces al mundo...

Te bendecimos sobre todo por Jesucristo,

lo mejor de nuestro mundo,

el hombre «espiritual» por excelencia:

vivió guiado por el Espíritu, evangelizando a los pobres, ayudando y fortaleciendo a todos... hasta que, resucitado, comunicó a su Iglesia y a los que buscan con corazón sincero, ese mismo Espíritu...

Que el Espíritu nos dé fuerza para luchar por la verdad, la justicia y el amor;

luz para comprender a todos, ayuda para servir, generosidad para amar, paciencia para esperar.

Padre, que tu Espíritu de amor traiga a la unidad a tu Iglesia.

Y, finalmente, haznos sensibles a la acción de tu Espíritu

en el mundo y en la historia de los hombres.

Ayúdanos a descubrirla en la ciencia,

en la cultura, en el trabajo, en la técnica,

en todo aquello en que el hombre y el Espíritu

preparan conjuntamente

el alumbramiento de los nuevos cielos y la nueva tierra.

Por Jesucristo, tu Hijo Resucitado y Hermano nuestro. Amén. Anónimo